

## EDITORIAL

---

*Asistimos al nacimiento de un siglo convulso por las desigualdades económicas, políticas y sociales; y la medicina –como es lógico – no escapa a ello; atrás quedaron Hipócrates y Esculapio, el Médico ya no es instrumento de las divinidades protectoras de la salud, no busca más en el fondo del crisol enrojecido la fórmula mágica de la inmortalidad, lejos se desdibuja la protección divina de Asclepiades, olvidadas fueron las pócimas y unguentos de los piaches y sus antepasados. La biología molecular, la duplicación genética, minúsculos procesos enzimáticos nos explican hoy la comprensión de determinados signos o síntomas, la cirugía robótica y telemática nos adentran en la manipulación quirúrgica de los cromosomas, por principios tecnológicos y no ya por Don Divino creamos vida y desafiamos nuestra eterna y hermosa enemiga, la muerte.*

*Pero con la misma prisa que atomizamos al hombre nos olvidamos que la medicina nació el día que el Homo Erectus tuvo necesidad de contar sus angustias, penas y dolores a un semejante, éste le escuchó, comprendió y alivió sus cargas. El oportuno desarrollo científico y tecnológico debe ir a la par del necesario crecimiento personal e intelectual, divorciar uno de lo otro es perderse y equivocar la correcta comprensión de los desarreglos biológicos y bioquímicos del Homo Sapiens actual. La cultura industrial moderna ha impuesto nuevas patologías, muchas de ellas no residentes en procesos orgánicos, ni tampoco alejadas de nuestras propias condiciones.*

*No hay que olvidar que médico y paciente forman hoy parte de una comunidad general, desde donde indudablemente gravitan en él las alteraciones culturales y socio económicas del conglomerado con el cual convive. La enfermedad va más allá de los límites corporales del individuo: el hacinamiento, la miseria, la inseguridad, los crecientes peligros que lo acechan en la vorágine de hierro y concreto determinan que el médico tome partido en los procesos de cambio y transformación de la insurgente sociedad actual; las presiones que ejercen compromisos económicos, sociales y políticos generan la mayoría de las veces conductas que riñen con el decoro, la ética y la moral del buen ciudadano, e indudablemente esto se refleja en el quehacer cotidiano de su ejercicio profesional.*

*Si bien la juventud y la recién adquirida profesión parecieran ser el caldo de cultivo ideal en donde se conjugan estos factores, no es menos cierto que también puedan hacer mella en aquilatadas experiencias.*

*El médico de hoy como el de siempre, ha de ser fiel practicante de una ciencia que se adentra en los avatares diarios de un ciudadano que siente, sufre, padece, ríe y llora igual que él, y que por circunstancias psicológicas y/u orgánicas ha sido colocado por la vida en minusvalía con respecto al resto de la sociedad.*

*Para ello el médico ha de tener una conciencia real del hombre enfermo, sin desconectarlo con su biografía, ha de comprenderlo y entenderlo, ha de saber que no sólo son signos y síntomas en un montón de músculos y huesos, “ha de diseccionar la realidad con inteligencia para subordinarla al poder del hombre, en función de que ejerza su salud para ser libre de enfermedad y conquistar su libertad y la de sus semejante. Pero nadie puede enseñar – curar – la libertad si antes no ha roto las cadenas”.*

*Ha de mantenerse informado y actualizado de los avances recientes con criterio rígido y propio, sin oír cánticos de sirena de la parafernalia industrial biomédica, la cual ha de utilizar comedidamente para el avance y desarrollo de su ciencia y de su arte.*

*Ha de mantener el Don de Imponer sus manos y “curar”, ha de comprender un gesto de dolor y ha de captar una discreta sonrisa de agradecimiento.*

***“Hay que endurecerse sin perder la ternura jamás”.***

**Dr. Jesús Romero Guarecuco**

Jefe del Departamento de Cirugía del Hospital Universitario de Coro

“Dr. Alfredo Van Grieken” sede del Post Grado de Cirugía

“Dr. Augusto Díez” de la Universidad Nacional Experimental

“Francisco de Miranda”